

Revista Electrónica de Psicología Política

Experiencia de Psicólogos Sin Fronteras Argentina en las inundaciones de Santa Fe

Equipo de PSF Argentina San Luis

Resumen:

En la Provincia de Santa Fe –Argentina-, en el año 2003, hubo una inundación que afectó a más de 150.000 personas, de las que un 20% fueron alojadas en más de 100 centros de evacuación. No existía en la historia de la Argentina un desastre con esos precedentes, relacionado con inundaciones.

Dos equipos de voluntarios de Psicólogos Sin Fronteras Argentina (PSF) –con sede en la Provincia de San Luis, a más de 600 Km. de Santa Fe- asistió para trabajar con los evacuados.

Introducción

En la provincia de Santa Fe, al Noreste de la República Argentina, se encuentra la ciudad de Santa Fe, en la confluencia de los ríos Paraná y Salado.

El 29 de abril de 2003, el Río Salado, creció hasta alcanzar un récord histórico de 7.88 m. de altura, e inundó la ciudad, dejando en poco más de cuatro horas la zona Oeste y Sur de la ciudad bajo el agua.

El agua entró por un sector en el que faltaban construir 3000 m. de defensas. Las defensas que ya estaban construidas funcionaron como un dique, impidiendo que el agua saliera de la ciudad. Para que el agua saliera, hubo que dinamitar las defensas en varios puntos, produciendo una tremenda corriente de salida que empeoró la situación, al generar una onda expansiva que, en algunos barrios, llevó a que el nivel del agua se ubicara a dos metros por encima de las viviendas (debemos pensar que una vivienda promedio tiene una altura de entre tres y cuatro metros, por lo que el agua alcanzó la escalofriante altura de más cinco metros).

Se evacuaron entre 100.000 y 120.000 personas, y unas 30.000 se albergaron en los más de 100 centros dispuestos a tal fin. Unas 28.000 viviendas se vieron afectadas, de las cuales unas 4.500 quedaron irre recuperables.

Oficialmente, hubo 27 muertos, y las pérdidas económicas se calculan en unos 800 millones de dólares (de los cuales el 60% pertenece al sector agropecuario).

En la actualidad, aquellos que conocen sobre catástrofes nos informan que ninguna catástrofe es sólo natural. Y en el caso de la crecida del Río Salado no se dio la excepción. Esto se prueba a partir de conocer el hecho de que a fines del siglo XVIII (más precisamente, 1789), ya se hablaba de la necesidad de implementar una política que permitiera la canalización del Río Salado, con el fin de agilizar el transporte de mercaderías desde el centro-noroeste del país hasta el Atlántico.

De más está decir que este proyecto, junto con todos los que hubo en los siglos siguientes, fue ignorado. Así, en una suma de políticas mal aplicadas, o en las que hubo negligencia por el efecto de intereses individuales y monopolizados, el Río Salado se convirtió en el potencial peligro que acechó hasta que desbordó (literalmente) la capacidad de contención prevista (o mal prevista) por la negligencia –durante siglos- de gobiernos con pésimas administraciones.

Actuación de PSF Argentina

El Grupo de Asistencia Psicológica a Víctimas en Catástrofes de Psicólogos Sin Fronteras Argentina (con sede en la provincia de San Luis), integrado por profesionales y alumnos avanzados de la carrera de Psicología, desde sus comienzos ha venido realizando distintos tipos de actividades orientadas a la formación y preparación para la intervención –por cierto, en catástrofes-, con la capacitación y el asesoramiento permanentes de Psicólogos Sin Fronteras Madrid y el aporte bibliográfico de Psicólogos Sin Fronteras País Vasco (España). Enterados de la catástrofe, nuestro equipo de trabajo comienza con la organización logística en lo referente a alojamiento, viáticos, material de trabajo, etc., y viaja con destino a la ciudad de Santa Fe, distante a 600 Km. de San Luis. Nuestro primer destino era el Centro de Evacuados que se estableció en la sede de APUL (Asociación del Personal de la Universidad Nacional del Litoral). Ya en el lugar, y bajo las indicaciones del Comité de Crisis del Colegio de Psicólogos de Santa Fe, intervenimos, además, en el Centro de Evacuados de la Escuela Paraguay y el Centro de Evacuados "Campo de deportes de la Universidad Nacional del Litoral", abarcando así una población de 100 personas afectadas.

Formas de intervención

Siguiendo el protocolo de abordaje, contactamos a los responsables de cada Centro de Evacuados, quienes brindaban información sobre cantidad de evacuados, conflictos presentes, y situación general del centro. A partir de esos datos se planificaba la intervención. Con esta información primera, además, realizábamos una evaluación provisoria del grado de conflictividad del Centro de Evacuados (triage), información que era elevada al Comité de Emergencias del CPSF para su procesamiento.

Para realizar los abordajes y la intervención se dividió el trabajo: una parte del equipo trabajó con adultos y otra con niños. Los adultos con los que se trabajó incluyeron dos tipos de sujetos involucrados: voluntarios y evacuados. Con los voluntarios se utilizó una estrategia de abordaje grupal en la que se explicaron los trastornos -que ante esta situación- podían sufrir tanto ellos como las víctimas a quienes ayudaban.

En un segundo momento se trabajó con las vivencias personales en su papel inesperado como voluntarios (carecían de formación en tareas de voluntariado); y en un tercer momento se los asesoró para continuar haciendo un trabajo más óptimo con las víctimas.

Por otra parte, con los adultos evacuados, se desarrolló un esquema similar: con información sobre los malestares físicos y psíquicos normales ante estas situaciones, e interacción, mediante la escucha, de las experiencias personales. A esto sumamos, además, el aporte de herramientas de conocimiento con el fin de facilitarles el qué hacer frente a lo que pudiera presentarse con posterioridad. Respecto de los niños, se trabajó con técnicas de dibujo y juegos grupales, que les permitieron contar a su modo las vivencias y esbozar su asimilación. También se utilizaron estas mismas técnicas para lograr darles los conocimientos necesarios sobre lo que les estaba pasando.

Conjuntamente a esta tarea de abordaje grupal, se realizaron intervenciones personalizadas con aquellos evacuados (adultos y niños) que lo necesitaron. Estas actividades se desarrollaron en el término de una semana por cuestiones presupuestarias.

Durante el mes de junio de 2003, y para continuar con la intervención anterior, y luego de una campaña de reaprovisionamiento logístico, un segundo grupo tuvo la oportunidad de viajar a finales de ese mes.

En este segundo viaje, se trabajó solamente con las personas que desde APUL se

dispuso, ya que la gran mayoría de los evacuados de dicho centro se había retirado a sus hogares (cuando estos estaban mínimamente en condiciones habitables) o había encontrado otro lugar para vivir temporariamente. Algunas de estas personas ya habían estado en contacto con el equipo anterior, y otras solicitaron asistencia en forma voluntaria. También se sumaron casos con síntomas de posible alcoholismo, tema que desde el equipo de trabajo se intentó solucionar comprometiéndose a distintas instituciones de la ciudad que entendían en esta problemática (alcohólicos anónimos, entre otras).

Se intervino además, por iniciativa del equipo de trabajo, en el Centro de Evacuados del Ferrocarril Belgrano, donde se entró en contacto con los habitantes de un pequeño pueblo del norte de Santa Fe que fuera arrasado por la inundación. Los integrantes de este Centro eran los que se encontraban en la peor situación, ya que el hacinamiento, la falta de higiene, la desorganización y la alta conflictividad habían provocado que se encontraran virtualmente abandonados y con la presencia de marcados estados de conflictividad y angustias muy grandes.

Se sumaron a estas actividades, la visita a una emisora radial, en la que se tuvo la oportunidad de informar sobre lo que se había estado realizando, así como los planes de actividades futuras.

Vivencias de las víctimas.

Si bien la Ciudad de Santa Fe es una zona propensa a las inundaciones, la magnitud y velocidad con que avanzó el agua dejaron a la población inerme, sin tiempo para prepararse a enfrentar el desastre y generando una situación de indefensión general que afectó gravemente a la comunidad. El hecho de que el agua avanzara por sobre la ciudad a las nueve de la mañana facilitó, en cierta medida, la huida ya que de haber ocurrido de noche el caos y el desastre hubieran sido totales.

De todos modos, la gente apenas tuvo tiempo de correr cargando a los más pequeños, con algún electrodoméstico, y en el peor de los casos, solo con la ropa puesta. Muchas familias que no pudieron correr, subieron a los techos de sus casas, donde pasaron la noche bajo una lluvia intermitente, esperando que los botes de los servicios de emergencias y de particulares los buscaran al día siguiente. Demás está decir que pasar una noche a la intemperie en esas condiciones dejaron dolorosos recuerdos en los niños posteriormente entrevistados.

Una mención especial merece la situación por la cual, una gran cantidad de personas, decidieron quedarse sobre los techos de sus casas y rechazaron ser rescatados. La extraña decisión se fundaba en el temor a que le robaran las pocas pertenencias que habían logrado salvar del agua. Estas personas pasaron semanas completas en ese confinamiento voluntario hasta que el agua bajó.

El toque de queda se decretó desde los primeros días y por las noches los helicópteros de Gendarmería Nacional patrullaban las zonas inundadas disparando en numerosas ocasiones para frustrar los robos que se daban. El grave y seco sonido de los rotores y los disparos en medio de la noche, le imprimieron un carácter más dramático al sueño (o desvelamiento) nocturno de los sobrevivientes y de toda la ciudad.

En el relato de los evacuados y de los voluntarios que los asistieron, quedan en claro las reacciones de conmoción, de inhibición, de estupor frente a lo sucedido. La dificultad para comprender la verdadera dimensión del riesgo se refleja en la experiencia de Inés, evacuada que nos contaba:

"...Yo ya estaba levantada y mi vecino me vino a avisar que por la radio habían dicho que estaba entrando agua a la ciudad. Entonces yo comencé a preparar el equipo de mate para llevar, porque suponía que me iba a tener que ir, cuando empecé a ver que entraba agua por debajo de la puerta. Yo seguía tranquila, porque en otras ocasiones el agua nunca había llegado más allá de los tobillos y puse la pava para hervir agua y fui a buscar algo de ropa. Cuando volví a la cocina el agua ya estaba a la altura de mis rodillas y ahí me asusté porque en unos minutos había subido mucho. Me apuré a salir y al abrir la puerta se metió una masa de agua a mi casa y me costó mucho trabajo salir. Entonces pude ver mucha gente que corría con los hijos sobre los hombros y con atados de ropas..."

La brusquedad en la irrupción del fenómeno en la cotidianeidad de los evacuados, produjo posteriores respuestas cognitivas de confusión y desorientación. Luis, otro evacuado, nos decía:

"... Me pasó que estando aquí en el centro de evacuados, la otra tarde salí a caminar sin sentido y después de un tiempo sin darme cuenta me encontré en una esquina y no sabía cómo había llegado hasta ahí, entonces me di cuenta que estaba llorando...".

El miedo como reacción estuvo presente, pero no evitó acciones desesperadas de personas intentando salvar a sus seres queridos. Carlos nos contó:

"... quería llegar a mi casa para sacar a mi familia, la corriente me llegaba al pecho y era muy fuerte y no me dejaba avanzar. Me había agarrado de un semáforo porque el agua tenía mucha fuerza y me llevaba... cuando pude seguí caminando, agarrándome de donde podía... tenía mucho miedo de que me arrastrara el agua... Cuando estaba a 50 m. de mi casa vi que a mi padre y a mis hijos los lleva un bote, y cuando el bote llegó a la esquina se había formado un remolino que no lo dejaba avanzar. El tipo que manejaba el bote hacía todo lo posible para no caer en el remolino, pero no podía, el bote se comenzó a zarandear muy fuerte y mis hijos comenzaron a gritar...(llora mientras nos relata lo acontecido) yo estaba desesperado de que se cayeran al agua y en ese momento no podía hacer nada...".

En los evacuados se hallaban presentes las respuestas físicas ante el suceso traumático como los trastornos del sueño ("... me despierto de golpe porque parece que escucho el rumor del agua cuando viene...") la fatiga y el desgano ("... todos estos días no tenía ganas de levantarme, me duele el cuerpo...").

Los niños también manifestaban a través del cuerpo su malestar. Nos contaba una abuela en un Centro de evacuados:

"... En estos días todos los niños estaban descompuesto del estomago, con diarrea... pensamos que era la comida que nos traen del Ejército pero no, está bien cocinada y el agua es mineral...".

Como es común en situaciones de conflicto bélico o catástrofes, la mayoría de los dibujos de los niños reflejaban la manera en como fueron impresionados por la magnitud del desastre: grandes cantidades de agua que cubrían casas, calles, cadáveres dibujados en el fondo del agua, animales domésticos nadando, helicópteros sobrevolando, etc.

Un juego repetitivo en ellos consistía en que un grupo de ellos subía a la copa de un pequeño árbol y simulaba estar sobre el techo de una casa, pidiendo socorro. Otro grupo se acercaba como si vinieran en botes y los rescataban. La necesidad de recordar y re-elaborar la terrible experiencia queda a la vista.

Nuestras vivencias como PSF

Hablar de las vivencias del profesional de la salud mental en el ejercicio de la Psicología implica tener el equilibrio para combinar lo intelectual con lo emocional. No es común que en artículos de esta naturaleza se ponga en palabras lo que como profesional uno siente y vivencia cada vez que nos ubicamos en el rol de tal. Muy por el contrario, la razón y las buenas costumbres dictan que la manera de comunicar y transmitir las experiencias sigan estrictas reglas de protocolo, donde el distanciamiento y la objetividad, brindan la posibilidad de quedar a cubierto de inmiscuirse con este elemento tan difícil de encuadrar como son los sentimientos. ¿Porqué decidimos entonces, en este artículo, saltar la valla impuesta desde la praxis profesional?. Por el simple y tremendo hecho a la vez, de que realizar la praxis profesional del psicólogo en situaciones de emergencias y desastres, implica necesariamente convivir con la desesperanza, la impotencia, el despojo, la soledad, la tristeza, el desamparo, el miedo; todos ellos sentimientos presentes en las personas víctimas de tales sucesos. Tener en cuenta la presencia de estas vivencias nos obliga a ir más allá de nuestro rol "oficial" y darnos a nosotros mismos la posibilidad de ponernos en la piel de los evacuados y sentir al lado de ellos lo que les estaba pasando ("el otro soy yo o podría serlo").

La sola presencia y la escucha comprometida con su realidad acuciante, de nuestra

parte, pudo concretarse en efectos terapéuticos en ellos.

En los encuentros de trabajo con el grupo de voluntarios existía la necesidad -del grupo- de permitirse en este espacio, el hecho de ponerse en contacto con sus propias vivencias dolorosas, acercándose al sufrimiento y teniendo la certeza de que entre todos era más fácil poder sobrellevar el dolor que reinaba por doquier. Estas emociones compartidas dieron lugar al afianzamiento del grupo, no sólo por ser compañeros de trabajo, sino por haber adquirido el rol de voluntarios frente a las inundaciones.

El último día de trabajo con los voluntarios de APUL se dio una situación especial, que a la luz de la interpretación tiene su significado: ellos sabían que nosotros no podíamos quedarnos, que no podíamos permanecer por siempre allí. Surgió de ellos la necesidad de que le dejáramos herramientas para poder seguir trabajando con los evacuados, tarea que para ellos resultaba muy estresante.

En concreto, los voluntarios sentían, ante la marea de pedidos y situaciones provenientes de sus semejantes y frente a los cuales sentían que debían solucionar, que ya no podían responder; que les quedaban pocos recursos internos y externos -subjetivos y objetivos- para afrontar y acompañar el dolor de los otros.

Cuando nos tocó retornar a nuestro lugar de origen vivenciamos una situación muy particular: a pesar de lo silencioso de la despedida, y a partir de los sentimientos que nos transmitieron - que estaban teñidos con un sentimiento generalizado de agradecimiento y carente de cualquier tipo de reclamo, ni de ninguna demanda directa (porque nos íbamos y los dejábamos)- nos transmitieron el sentimiento de que nuestra tarea sirvió y que, por el momento, ante nuestra partida, lo que se había trabajado entre todos era suficiente para hacer frente, por un tiempo, a la terrible realidad que ellos debían seguir enfrentando cotidianamente. Consideramos esto, y lo manifestamos desde una verdadera humildad, como el mayor reconocimiento a nuestra tarea.

Pudimos estar, escuchar, acompañar, poner luz en la confusión y dejar algunas directivas que los contuvieran como personas afectadas a una catástrofe.

Y nos trajimos la experiencia y el dolor y la necesidad de continuar con las tareas de solidaridad y la imperiosa necesidad de fortalecer el Grupo de Asistencia Psicológica a Víctimas en Catástrofes. Sentimos, íntimamente, que habíamos pasado una dura prueba.

Nota:

Los equipos de intervención estuvieron integrados por: Lic, Andrea Marina Lucero, Lic. Malena Masramon, Lic. Juan Miguel Flores, Srta. Flavia Susana Arrigoni, Srta. Cintia Marina Musso, Sr. Cristian Daniel López y Sr. Angel Enrique Sarmiento.

AGRADECIMIENTOS

Nuestra tarea fue posible gracias a la colaboración de las siguientes instituciones y personas:

- Autoridades y Personal de la Universidad Nacional de San Luis y de sus Facultades.
- Dr. Angel Rodriguez Kauth.
- Arq. Edgardo Pozzi.
- Srta. Carolina Silva
- Dr. Elio Rodolfo Parisí